

Borges y Rulfo ante la (im)posibilidad de la venganza



LUIS MANUEL ZAVALA GONZÁLEZ

Borges insistió en que la historia de la literatura universal se podría reducir a la diversa entonación de dos o tres metáforas esenciales; en el fondo cualquier historia sería una *Iliada* o una *Odisea*. Los diccionarios de tópicos literarios dan cuenta de una serie de asuntos, más o menos limitada, que se han desarrollado a través de distintas épocas. La huida de un hombre que intenta escapar de la venganza de otro a quien ha agraviado de manera abrumadora es uno de ellos. Dicho tópico dio origen a uno de los cuentos más memorables de Juan Rulfo, "Diles que no me maten", y a varios de los más notables de Jorge Luis Borges.

Creo que la actitud —la diversa entonación— con que ambos asumen el asunto puede ilustrar sus propuestas éticas, estéticas y, en su caso, metafísicas, razón suficiente para justificar este trabajo. Pero no quiero dejar de lado otras motivaciones acaso más profundas: rendir un tributo de admiración a dos autores que a trece años de su muerte todavía señorean, quizá más que nunca, la narrativa hispanoamericana.

Debemos aceptar que sus trayectorias, tanto existenciales como literarias, tomaron rumbos muy diversos, incluso en la manera en que ambos alcanzaron la universalidad: Rulfo mediante una insólita exploración de lo particular, Borges asumiendo un firme cosmopolitismo. Propósitos que exigen distintos usos de lenguaje: Rulfo debe recrear el habla de provincia y elabora una síntesis casi arquetípica de la misma; en cambio, Borges renuncia a todo color local en la búsqueda de un español deliberadamente neutro que pueda ser reconocido por todos los

hispanos.¹ No obstante, en la preferencia por los enunciados breves e intensos debemos reconocer un rasgo estilístico compartido.

Pareciera que sus destinos empiezan a converger sólo a partir de sus cercanas muertes —sólo dos meses transcurren entre una y otra: junio y agosto de 1986—. No fue así. Si escarbamos en sus personalidades y en sus textos encontramos coincidencias insospechadas. Los dos intentaron, por fortuna sin conseguirlo, minimizar su obra; los dos se vieron precisados a sobrellevar la timidez; los dos padecieron una especie de *agarofobia* que los apartaba de los grandes auditorios, no obstante las conferencias que Borges prodigó hacia el término de sus días con más resignación que entusiasmo, excepto al final de ellas, cuando establecía un diálogo con su público. Pienso en sus cargos burocráticos como una especie de refugio que los ponía a salvo de las asechanzas del vulgo. Borges y Rulfo, por igual, serían moradores agradecidos de la Casa de Asterión.

Análogamente la obra de ambos ha encandilado a la crítica en lo que tiene de patetismo o de perplejidad, de deslumbrantes ejercicios de estilo, de instauración de universos tan insólitos como abrumadores. Por el contrario, pocos han advertido los chisporroteos de humor que emanan de sus páginas; humor de calidad muy distinta: quevediano

¹ "Voz que nunca hemos oído en la calle ni el campo (no me refiero a los diálogos), pero que todos sabemos que desde Rulfo es la voz que mejor nos dice." Si como sugiere el autor, Rulfo ha inventado la voz de México, en alguna medida, la de Borges sería la voz de todos los hispanos. Víctor Herrera, "Tepemezquites y totochilos", en *Homenaje a Juan Rulfo*, *La Gaceta*, FCE, enero de 1996, p. 31.

y goyesco el de Rulfo, socarrón y travieso el de Borges; un humor que en los desacatos a los mitos se convierte en injuria o en chanza, en el fondo una forma de sana irreverencia. Así, sólo Rulfo podrá decir que Carlos Fuentes es Bobó (seguramente el personaje más fatuo y frívolo de *La región más transparente*) y Borges confesar que los últimos cincuenta años de *Cien años de soledad* se le hicieron muy largos. En fin, hasta el humor los une y los separa.

Ya inmersos en el tema que nos ocupa —la venganza—, quiero llamar la atención sobre un detalle decisivo: Rulfo desarrolla sus cuentos a partir de hechos reales, de experiencias concretas: él vio o escuchó historias de venganza (según él se las contaba el tío Celerino, por eso, cuando éste murió, dejó de escribir); Borges, por su parte, las inventa o las toma de la tradición literaria. Distinto origen, distinto tratamiento; las consecuencias no se hacen esperar. Por principio de cuentas, los personajes rulfianos no pueden evadir la situación vital que los agobia; de los de Borges, en tanto que fantásticos, todo puede esperarse. Pero qué mejor que enfrentar los textos a fin de que dialoguen, de que nos descubran lo que el otro está diciéndonos.

Vamos a partir de dos cuentos emblemáticos: "Diles que no me maten" y "Episodio del enemigo"; seguramente después aparecerán más textos convocados. Por lo pronto, a los dos cuentos antes mencionados los une la contundencia del principio:

"—¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles."

"Tantos años huyendo y esperando y ahora el enemigo estaba en mi casa."²

Empiezan los contrastes. Palabras vehementes espoleadas por la urgencia y la desesperación las de Juvencio Nava; palabras serenas, elegantes, poéticas, las del Borges narrador (de hecho, inicia con un terso endecasílabo: "Tantos años huyendo y esperando...") En el fondo palabras que responden a circunstancias muy diversas: Juvencio Nava se encuentra cercado por la realidad apremiante, mientras Borges —autor, narrador y personaje de su cuento— la desplaza para crear un mundo aparte. Pero las diferencias entre las dos historias van más allá de la mera oposición reali-

dad/fantasia; el realismo llevado al extremo parece fantástico, insistía Borges: no en balde podemos encontrar "Luvina" en antologías de literatura fantástica.³ Hay otras diferencias en las que es preciso detenernos; una de las más importantes la constituyen los argumentos con los que Juvencio Nava y Borges personaje intentan salvar su vida.

Juvencio Nava apela básicamente a la piedad: ha sufrido mucho, ha perdido todo, ya está viejo. Pero nadie lo escucha, los hombres que lo llevan preso semejan bultos y como bultos se comportan.⁴ El hijo de Guadalupe Terreros le habla desde el otro lado de la puerta, desde una insalvable distancia moral. Ni siquiera lo mira, tal vez por no compadecerse. De pronto Juvencio acude a la razón para quitarle dignidad a la venganza: ya vale muy poco; o se interesa, o finge interesarse, en el destino del vengador: "Dile que lo haga [que no lo mate] por la bendita salvación de su alma." Finalmente junto con el pasado desea enterrar su crimen: "—¿A don Lupe? Sí, dile que sí lo conocí. *Ya murió*" (el subrayado es mío). Pero para el hijo de don Lupe, el "viejo asunto" no está muerto ni enterrado, la presencia de Juvencio Nava lo revive:

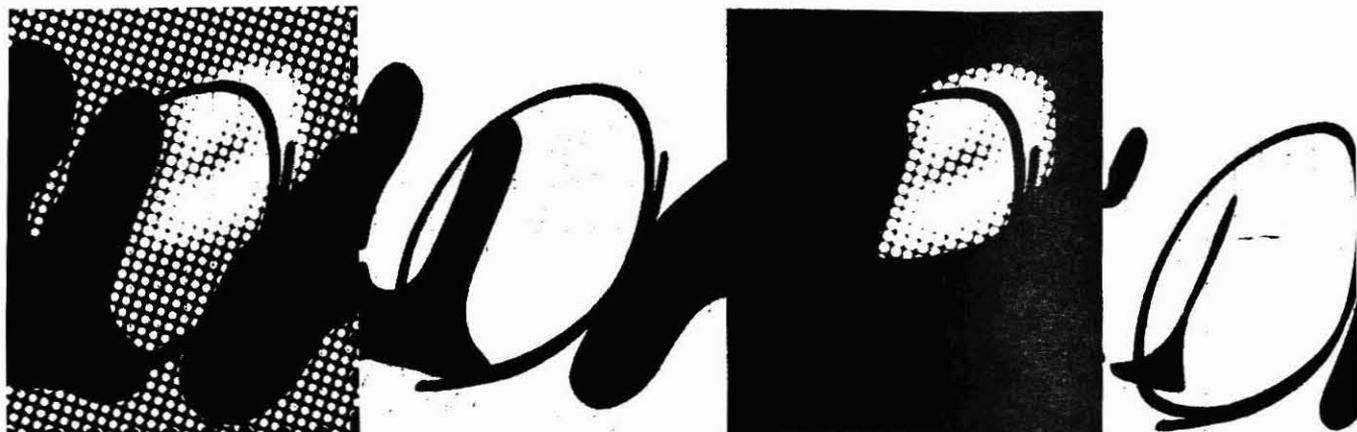
Esto, con el tiempo, parece olvidarse: Uno trata de olvidarlo: Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca.

Podemos suponer que en el fondo el hijo de Guadalupe Terreros mata a Juvencio Nava para así terminar con el pasado —móvil que comparten los dos—: su nombre es como una clave que lo contiene todo, de ahí que la venganza no pueda ejecutarse en el anonimato. El patetismo del último enunciado deja traslucir algo más: ¿por qué Juvencio no debió nacer? Claro, mató a Guadalupe Terreros, pero ¿qué representa esa muerte?; sobre todo, ¿qué representa para su hijo? Significa quedarse a la deriva, perder

² Son tantas las ediciones y las antologías donde aparecen los cuentos de Borges y de Rulfo que considero casi inútil dar las referencias bibliográficas. Para cualquier aclaración cito en seguida los libros consultados. "Emma Zunz" y "Episodio del enemigo" forman parte de la *Nueva antología personal* de Jorge Luis Borges, Bruguera, Barcelona, 1982, y "La espera", de *El Aleph*, Emecé, Buenos Aires, 1996. Por su parte, los cuentos de Juan Rulfo aparecen en la edición de *El llano en llamas*, Lecturas mexicanas, México, 1980.

³ Oscar Hahn, *Cuento fantástico hispanoamericano. Siglo xx*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997. "Luvina" también aparece en la *Antología de cuentos de misterio y terror* compilada por Ilán Stavans y publicada en la Colección "Sepan Cuantos...", Porrúa, México, 1993.

⁴ La intertextualidad aprovecha cualquier resquicio para mostrarse. En este pasaje, para nuestro agrado y sorpresa, Rulfo nos hace recordar la hipálage más querida por Borges, el famoso hexámetro de la *Eneida* de Virgilio: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbras*.



José Castro Leñero

un asidero fundamental: "Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta." Y en última instancia truncar un proyecto de vida, no poder ser de otra manera, no poder ser otro; es como si la identidad del hijo de don Lupe se hubiera perdido para siempre, como si hubiera muerto con su padre, de ahí que no se le dé nombre. O, por el contrario, como si la muerte del padre hubiera sellado su identidad de un modo irreversible y anulara todas las demás. Y de ahora en adelante sólo será el hijo de don Lupe.

Tampoco podemos descartar la presencia de traumas ancestrales. Acaso los pensadores de lo mexicano tengan razón y sin padre no adquirimos legitimidad, o cuando menos no la adquirimos ante los otros. A los mexicanos nos agobia la rigidez; pienso que el drama del hijo de don Lupe se origina en su falta de flexibilidad, lo que le impide asumir otra identidad derivada de las circunstancias: la de huérfano; tal parece que éstas, sobre todo la muerte de su padre a manos de Juvencio Nava, le hubiesen arrebatado su verdadera identidad: Él no puede acceder como un inolvidable personaje de Borges (Tzinacán, "La escritura del Dios") a la revelación salvadora: "Un hombre se confunde, gradualmente, con la forma de su destino; un hombre es, a la larga, sus circunstancias."⁵

Pasemos al "Episodio del enemigo". Borges personaje habita una casa situada en lo alto; ve cómo un hombre apoyado en su báculo — parece un anciano — sube penosamente hacia ella. Se oyen unos toquidos a la puerta; Borges, movido por la compasión, la abre y lo invita a pasar. Ya

⁵ Tzinacán, mago de la pirámide de Qaholom, recibe un conocimiento que lo hace todopoderoso. Puede revertir el curso de la historia, puede vengarse de Pedro de Alvarado, quien lo tiene cautivo. No lo hace porque entiende que ambos son prisioneros de sus circunstancias y porque su identidad ya es otra: ya no se acuerda de Tzinacán.

dentro, el hombre amenaza a Borges con un arma; todo ha sido una estratagema; está ahí para cobrarse un viejo agravio. Borges, fecundo en recursos como Ulises, acude a la argumentación para salvarse: "—En verdad que ha tiempo maltraté a un niño, pero usted ya no es aquel niño ni yo aquel insensato. Además la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón."

El hombre se muestra inflexible. "—Precisamente porque ya no soy aquel niño — me replicó — tengo que matarlo. Sus argumentos, Borges, son meras estratagemas de su terror para que no lo mate. Usted ya no puede hacer nada."

A diferencia de Juvencio Nava, que apela primero al sentimiento, Borges personaje apuesta todo a la lógica irreprochable de su razonamiento; lo avala, por lo demás, un ilustre argumento de Heráclito: nada permanece, todo cambia. Somos fluencia constante, "El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río", dice Borges en un verso memorable. Así, el cambio constante de la identidad convierte la venganza en una imposibilidad metafísica; para justificarla tanto el ofensor como el agraviado deberían permanecer inmutables. Eso es lo que no puede o no quiere comprender el hijo de Guadalupe Terreros, aferrado a una identidad ficticia y, en algún sentido, mítica. Negador tenaz de las circunstancias que le han tocado vivir ("soy yo y mi circunstancia", dijo Ortega y Gasset), no lo tocarían los versos de Machado: Caminante son tus huellas / el camino y nada más / caminante no hay camino / se hace camino al andar / ... caminante no hay camino / sino estrellas en la mar. La misma actitud parece adoptar el hombre que amenaza a Borges, quien se muestra sorprendentemente tranquilo ante la inminencia de la venganza que lo cerca. Pronto sabemos el porqué: posee un recurso irrefutable: la magia:

—Puedo hacer una cosa —le contesté.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Despertarme.

Y así lo hice.”

A la manera de un tahúr Borges esgrime la carta inapelable, entonces la amenaza se disipa. Nos sorprende al momento de leer, pero nos parece natural; el sueño se había insinuado desde las líneas iniciales: de pronto el vengador estaba ahí; por eso, también de pronto, Borges puede despertar. La lógica pierde peso en el sueño —¿será una intrusa?—, ámbito, nadie lo ignora, más propicio a la magia. No debe extrañarnos pues que ella nos amenace y ella nos salve.⁶ Por el contrario, en un cuento como “Emma Zunz”, más realista y por tanto más cercano a “Diles que no me maten”, basta la lógica para impedir que la venganza se consume. Emma intenta cobrarse un dolor y un agravio; su padre, acusado injustamente de fraude, se quita la vida agobiado por el oprobio. Antes le ha jurado a su hija que el culpable era el antiguo gerente de la empresa —ahora uno de sus dueños—, Loewenthal. Emma aprovecha una serie de rumores para llegar hasta él; se prepara una huelga, Emma ofrece dar informes.

La venganza se presenta fría y minuciosa; Emma lleva seis años guardando el secreto, no ha descuidado ningún detalle, trabaja en la fábrica de hilados de Loewenthal para acecarse a él. Como parte de su plan, observa el comportamiento de las prostitutas a fin de confundirse con ellas, de poder actuar como ellas. Se entrega a un marinero sueco para experimentar la vergüenza, una vergüenza agravada por la personalidad de Emma (“En abril cumpliría diecinueve años, pero los hombres le inspiraban, aún, un temor casi patológico...”) y por la apariencia particularmente desagradable de ese hombre. La entrega se convierte así en sacrificio, ennoblecido acaso por el propósito que conlleva: cumplir un acto de justicia; y siempre se contempla como un medio, la finalidad es la venganza. Pero cada acto nos transforma: “No se puede tocar una flor sin mover una estrella”, decía el poeta... Por eso, cuando llega el momento de llevar a cabo la venganza Emma ya es otra, no es más la hija dolorida sino una mujer ultrajada. Cambio de identidad que hace imposible la venganza, el medio se convierte en fin, Emma no venga el dolor de la hija sino

⁶ En un cuento de factura más realista, “La espera”, no tiene cabida esa posibilidad. El protagonista (quien toma el nombre de su perseguidor, Alejandro Villari) quiere despertar para disipar la amenaza, pero “en esa magia estaba cuando lo borró la descarga”.

el ultraje padecido por la mujer. Urgida por un intolerable sentimiento de vergüenza, ni siquiera da a conocer a Loewenthal la razón de su proceder (otra condición indispensable para el cumplimiento de la venganza). Así la escena casi trágica que tanto había imaginado —ella se creía un personaje trágico— queda reducida a mera respuesta visceral.

Si en los cuentos de Borges la venganza alcanza una categoría metafísica que termina por anularla, en las historias de Rulfo es la expresión de una patología. Creo que la historia de Emma Zunz revela el abismo que separa a ambos autores.⁷ En un contexto borgiano la venganza del hijo de Guadalupe Terreros resultaría impensable o, en el mejor de los casos, un ejemplo de conducta insólita, la cual debería formar parte de la literatura fantástica, y su comportamiento sería perfectamente equiparable al de Wakfield de Hawthorne, quien regresa a su casa después de muchos años para encontrar que nada ha cambiado (los dos niegan el paso del tiempo y la causalidad por lo que su identidad se mantiene inalterable).

En la narrativa de Rulfo la venganza es una consecuencia natural de un medio enfermizo, pródigo en rencores soterrados, ante el cual los hombres parecen indefensos. Un contexto que posibilita cualquier venganza, incluso entre padres e hijos, como sucede con los Eremitas en “La herencia de Matilde Arcángel”. Ya el título delata una intención irónica acentuada por el comportamiento de los personajes. Matilde, mujer bondadosa como sugiere el apellido, pierde la vida al proteger el cuerpo de su hijo, recién bautizado. Los “berridos” de éste encabritan al caballo que provoca el fatal accidente. A partir de ese momento el padre, quien lo considera culpable, se venga de él humillándolo y negándole todo porque “no me dejó ni siquiera saborearla”. El cuento termina cuando el hijo, quien se había unido a un grupo de rebeldes, regresa al pueblo. Viene a caballo; con la mano izquierda toca la flauta mientras, con la derecha, sostiene el cuerpo inerte de su padre.

El universo rulfiano es un campo propicio para que florezca la venganza, aunque no siempre es así; por momentos

⁷ La historia de Emma Zunz arroja una luz sorprendente sobre uno de nuestros traumas ancestrales, el derivado de la conquista. Frases que delatan una actitud antihispánica y que escuchamos en cualquier momento (“vinieron a conquistarnos”; “es que destruyeron nuestra cultura”) perderían toda justificación lógica o ética si reflexionamos acerca de que, como en el caso de Emma, ya nuestra identidad es otra. Y si asumimos el elemento español como parte inherente y fundadora de nuestro ser resultaría inadmisibles todo revanchismo: no podríamos vengar lo que ya no somos o lo que nunca fuimos, no podríamos rechazar nuestra parte española sin negarnos a nosotros mismos.

la lucidez pone en tela de juicio la venganza, o cuando menos su desmesura. "No debí matarlos a todos, me hubiera conformado con el que tenía que matar...", dice el protagonista de "El hombre" (buscando vengar la muerte de su hermano mata a la esposa y a los hijos del responsable). Pero ese atisbo de ética pronto se desvanece: "pero estaba obscuro y los bultos eran iguales. Después de todo, así de a muchos les costará menos el entierro". No sólo el humor de Rulfo es goyesco, también el personaje lo es; éste parece encarnar los delirios atroces de Goya, de ahí que su justificación sea casi como su adjetivo. De pronto su actitud nos recuerda las palabras con las que Lady Macbeth trata de atenuar la culpa de su esposo: Los dormidos y los muertos son como pinturas.⁸ Pero las palabras, especie de coraza que lo resguarda de la ética, no pueden evitar un íntimo sentimiento de culpa; entonces el personaje asume el drama de Macbeth: "Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno."

Ni qué decir que ahora será el esposo y el padre agraviado quien busque la venganza a pesar de advertir su inutilidad: "¿Acaso yo ganaré algo con eso?" Dilatadas venganzas que abarcan toda una vida, venganzas que engendran venganzas, venganzas tragicómicas pueblan las páginas de Rulfo. En ocasiones la venganza adquiere una dimensión cósmica, como cuando Pedro Páramo se venga de Comala porque sus habitantes no participan de su dolor ante la partida de Susana San Juan. La venganza consiste en un gesto —se cruza de brazos— que aprisiona la voluntad de todo el pueblo.

Pero ya es momento de abandonar el mundo sombrío de Rulfo para regresar a los territorios borgianos donde la venganza siempre aparece acompañada de la reflexión, como en "Otro fragmento apócrifo", uno de sus textos últimos y, por eso mismo, testamentario. Cito la última parte del diálogo.

Dijo el maestro:

—Nadie puede perdonar, ni siquiera el Señor. Si a un hombre lo juzgarán

por sus actos, no hay quien no fuera merecedor del infierno y del cielo. ¿Estás seguro de ser aún aquel hombre que dio muerte a su hermano?

Dijo el discípulo:

—Ya no entiendo la ira que me hizo desnudar el acero.

Dijo el maestro:

—Suelo hablar en parábolas para que la verdad se grave en las almas, pero hablaré contigo como un padre habla con su hijo. Yo no soy aquel hombre que pecó; tú no eres aquel asesino y no hay razón alguna para que sigas siendo su esclavo. Te incumben los deberes de todo hombre: ser justo y ser feliz. Tú mismo tienes que salvarte. Si algo ha quedado de tu culpa yo cargaré con ella.

Lo demás de aquel diálogo se ha perdido (*Los conjurados*, p. 73). Otra vez el fluir del tiempo, otra vez la identidad que cambia, la reflexión constante ahora convertida en prédica. Imposibilidad ética y metafísica, la venganza es desterrada de la vida. Las palabras de Borges tal vez sean el bálsamo que requieren espíritus agobiados como los nuestros y la comprobación de que nuestras manos están limpias. ♦



José Castro Leñero

⁸ Cito la traducción que hace José María Valverde de la Escena II, Acto Segundo, p. 117 para la edición de RBA, Barcelona, 1994.